

esparcirá un olor de crisantemos
que no hemos aspirado todavía.

¡Iremos juntos! En el templo inmenso
al verte Dios va á sonreír de fijo
y velado por ráfagas de incienso
tendrá como un temblor el crucifijo.

Y los santos, los pálidos ascetas,
bajarán las miradas taciturnas
como ante las miradas indiscretas
de una ronda de sílfides nocturnas.

Y llegaremos hasta el ara en donde
siempre tus oraciones depositas;
donde esa virgen pálida se esconde
como esperando conocer tus cuítas.

Y allí con ella, mística cual ella,
mostrarás tu ternura que se inflama
y ambas pareceréis como una estrella
de doble núcleo y una sola llama.

¿Sonríes? ¡Qué mañana más hermosa!
¡Todo sonríe como tú sonríes!
Del agua que en la fuente se alborozaba
viene como un perfume de alevís.

Nunca te había visto como ahora
tan bella ni tan dulce! Aunque te he visto
semejar un pedazo de la aurora
velando una vestal de Jesucristo.

Y te he visto mundana y sensitiva
y trémula. Tu boca hoy me provoca!
Hoy más que nunca, es una siempreviva
con fragancias de amor. ¡Dame tu boca!

¿Qué dices?—¡La campana!—Bueno, bueno,
déjala repicar...—¡Está llamando!
—Aquí en la capillita de tu seno
hay otra repicando, repicando.

¿Escuchas? Yo la siento... Dulcemente
parece que habla de las cosas tuyas
y que te dice trémula y sonriente:
¡es un beso no más, no lo rehuyas!

Ahora cuando vamos á la misa
presentarás á Dios, puesta de hinojos,
la reverberación de tu sonrisa
en los cálices santos de tus ojos!

¿Hablas?—Ya es hora...—Besaré esas manos
que en el templo no pueden darme c.ítas.
Allí entraremos como dos hermanos
que van por un jardín de margaritas.

Á LA VIEJA GUITARRA

Lírico instrumento de cadencia grata,
guitarra sonora! tu numen desata
y vibren tus notas en ondas de luz;
haznos oír una grata serenata
de tono andaluz.

Como eres de aquella tierra enamorada
de las alegrías del cielo y del sol
cántanos un aire con sol de Granada,
un aire del viejo solar español.

Tú conoces todas las raras cadencias
de los viejos aires que vibran allá:
de esos con suspiros que lloran ausencias
y de los que cantan lo que viene ya.

En tus amplios senos llenos de fragancias
está toda entera la España gentil
con sus hidalguías y sus arrogancias...
grande Don Quijote, Don Juan varonil!

Así en tus cantares si hay gritos guerreros
y sangre de mártires y ecos de dolor

Parnaso Chileno.—13

también hay naranjos y olor de romeros,
pasos de gitanos y sueños de amor.

Canta, pues; tu canto recuerde esos días.
Tus sueños ya idos recuérdanos, pues.
Danos el perfume de esas alegrías,
de esas peteneras y de ese jerez.

Evoca tus rientes visiones pasadas,
tus noches de luna con juerga y tambor...
las manos morenas, las bocas rosadas,
tus risas, tus besos, tu vino mejor!...

¡Oh canta si quieres, oh encanto! las cosas
de esta patria joven ebria de pasión,
que lleva en la frente corona de rosas
y hossamas sagrados en el corazón.

Canta nuestra gloria, canta nuestra pena,
olvida un instante los cantos de allá;
danos el perfume de la yerba-buena,
copihues y malvas de olor, resedá...

¡Oh guitarra! ¡aurora de nuestra alegría!
de España y de Chile tienes la pasión.
¡Que melancolía tu melancolía!
Y qué ardiente el fuego de tu corazón!

¡Que vibren tus cuerdas sonoras! Extraña
nunca á nuestra vida fuiste. ¡Salve á ti!
¡Ese aire tan lleno de amor es de España!
¡Y ese con tristeza y amor es de aquí!



Ernesto Guzmán

ERNESTO A. GUZMAN

He aquí un poeta que aun no puede hallar definitivamente su camino, á pesar del innegable caudal ideológico de que ha dado muestras en sus dos lustros de labor literaria.

Su inspiración, el alma de sus versos, es casi siempre original, pero la oscurece un poco la trabazón demasiado artificiosa de un estilo sin espontaneidad que no es todavía el suyo, sin duda alguna.

Ha publicado «Albores» y «En pos...»

EL TRIUNFO

Allá, el gemido de una vihuela,
el sol que cae sobre la abuela
y sobre el perro que al lado está...
algo que cuenta de unas lejanas
voces perdidas, de otras campanas,
de eso que queda, que pasará...

Y bajo el techo lleno de grietas,
las telarañas fingen siluetas
de manos puestas en la pared;
manos terrosas, trémulas, largas,
en las que pesan no sé qué cargas
más que en los labios pesa la sed.

Antonio mira, ¡pobre buen cojo!
concentra el alma, se enciende su ojo
ante el desfile del batallón;

y ante el estruendo de los tambores
siente en las venas nuevos ardores,
le hace cosquillas el corazón.

Y luego queda sombrío, huraño;
en las pupilas pone algo extraño
que clava tanto como un harpón;
y las muletas en que descansa
toman crujidos como de lanzas,
desgarramientos de maldición.

Porque recuerda, porque se agobia
pensando en ella, la pobre novia,
la mariposa del ideal;
aquella niña de cutis rubio
y en cuyos labios y cuyo efluvio
vibraba el roce de un madrigal...

También por fuerza lo reclutaron,
le dieron armas, se le llevaron
al norte, lejos, á combatir...
¿se hace de mimbres el patriotismo?
¿fuerza es doblarlo sobre el abismo
y que rebote para surgir?

Se lo llevaron los que no piensan
que sobre rabias que se condensan
puede la fuerza ser eslabón
que arranque chispas que lo fulminen,
que lo derritan, que lo calcinen
y enciendan fraguas de rebelión.

Siempre rabioso pero impotente,
sigue callado, porque presente
que es como un río la libertad;
río que corre, se encrespa, baja,
y que el capricho de un hombre ataja
para esparcirlo por su heredad.

Cruzó desiertos, trepó montañas,
vió nuevas tierras, gentes extrañas
y una humareda subir, subir...

en las batallas perdió una pierna,
trajo consigo su rabia eterna
y unas medallas para sufrir.

Vino la gloria tras de la guerra;
después el oro, leguas de tierra...
todas tocaron su migajón:
para los ricos, las salitieras;
para los jefes, las charrateras;
para la tropa, la bendición!

La guerra es fuerte ciclón sin rumbos
que parte ovarios y echa sus tumbos
sobre las flores, sobre el trigal;
y sólo pone germinaduras
allá en las islas y en las alturas,
que se aprovechan de tanto mal.

Y bajo el ruido de las estrellas,
la Fama sólo se enreda en ellas
porque adivina que es la igualdad
luciente nube rodeando cumbres,
que echa hacia arriba todas sus lumbres
y echa hacia abajo su obscuridad.

Pobre buen cojo que á tu regreso
no hallaste el tibio roce del beso
del labio rojo que hace soñar,
ni te esperaba junto á la puerta
la anciana madre, la buena muerta
y apuñaleada por el pesar.

¡Triunfaste! Mira: oye los roces
que se deslizan formando voces
en el cerebro más de una vez...
Y si esas voces son ilusorias,
¡salve! á la guerra; á la patria ¡gloria!
y un nuevo ¡salve! ¡á la invalidez!

Bajo los ecos de la vihuela,
nada te queda, más que la abuela,
y el perro echado sobre el montón:

símbolo que huye, que ya se esfuma,
cuerda vacía, busto de bruma
y una ironía como canción.

Cuando cojeas gloriosamente
de ti se ríe ¡la pobre gente
burlona y frágil que pasa ahí!
que nunca ha visto por esta orilla
tantos cerebros con muletillas,
llenos de orgullo, que van así!

¡Pobre buen cojo! nunca un aliño,
nunca un arrullo de intacto armiño,
ni nunca un canto tendría jamás;
y ya no aguarda su Noche-Buena,
dejadle, al menos, toda su pena,
dejad que sufra, que sufra más!

LA CANCIÓN DEL CAMPO

Hay como un roce de canción... Se aspira
sorbos de aroma en el trigal risueño
y el amo, sacudido como lira,
forja las epopeyas del ensueño...

La tarde henchida de tristeza heroica
cierra los ojos y se hiere el pecho,
y cual si fuera una sultana estóica
se abre las venas en el amplio lecho.

Cargada de sonrisas rompe el velo;
salta la sangre en luminosas huellas
y pronto dejará manchado el cielo
con sus blancos corpúsculos de estrellas...

Hay como un roce de canción macabra
en la red telegráfica que ondea
por donde va guiando la palabra
su rebaño de sueños y de ideas...

Hay como un roce de canción... Rumores
de cosas que se van llenan el río

en cuyo borde es la ignición de flores
boca corporizada del estío.

¡Oh, los gavilladores!... No se pierda,
¡oh Sol, tu lumbre aun!... Mira hacia abajo
donde el brazo afinado como cuerda
vibra todas las gamas del trabajo.

¡Oh, los emparradores!... Mientras hunden
la correa al atado, el torso se hincha,
y en idéntico Salmo se confunden
entre la caña que sus muslos pincha.

Y vistos desde lejos, inclinados
haciendo la gavilla y hoz al hombro,
parecen caravanas de soldados
perdidas de la lid... Contra el escombro,

Bajo los pasmos del cémit, vinieron
para obligarlo á derramar tributos;
y hoy por cada ancha herida que le atrieron,
en vez de sangre se desborda en fruto.

Así va cada uno, bajo el opio
del músculo explotado y siempre activo,
pagado siempre en el esfuerzo propio
y nunca en el esfuerzo colectivo.

Se apaga la labor de un golpe de ola
¡qué importa el mar ni su incesante anhelo!...
¿pero es la gota desligada y sola
ó el chorro de agua el que fecunda el suelo?

Allá un gavillador, envejecido
en la guerra y la paz canta y espera
que esté apretada la carreta. Ha sido
destinado á llevarla hacia la era.

Y va. Llena de trigo entra en la puente
formada, ayer no más, de tablas sueltas,
y sobre un borde de ella tenazmente
pesa, le falta apoyo y se da vuelta.

¡Bandido! ruge el amo que espolea
su caballo, y con iras temerarias
lo estrella contra el pobre... ¿quién sondea
las sensibilidades de los parias?

Al recibir el ímpetu del choque
resbala una visión entre su mente:
es el capullo de una fuerza en bloque
que quiere hacerse flor bajo la frente...

Porque allá en sus residuos de soldado
entrevé que el derecho, siempre bello,
es más un recio potro desbocado
que frágil sogá estrangulando el cuello.

Y se empaña el cristal de su deseo
bajo una nube que sobre él camina...
¿habrá siempre en cada hombre un Prometeo
amarrado al crestón de una rutina?

Los dos gavilladores más humanos
que de cargar inválidos se huelgan,
y recargadas de temblor las manos,
los alzan y llevan... los harapos cuelgan.

Frutos en sangre, y al temblar al viento
ponen en la esperanza la ilusoria
magnífica ficción de otros fargmentos
de banderas gastadas por la gloria...

El rancho polvoriento, en que el anciano
padece tanto, su pared escueta
simula una protesta del arcano
con una contracción en cada grieta.

Y en la tecumbre carcomida y rara,
vieja abertura simboliza el duelo
como boca demente que intentara,
en su inmovilidad, morder el cielo.

Y por ese ancho boquerón, de prisa
entra el chorro de luz que parece una

prolongación de la ideal sonrisa
de un ensueño amoroso de la luna.

Los cerros, blanqueados levemente
bajo la tenuidad de esos fulgores,
parecen empinarse locamente
como enormes fantasmas vengadores...



Horacio Olivos y Carrasco

HORACIO OLIVOS Y CARRASCO

Es un refinado. Adora el arte de las formas brillantes y exóticas, y gusta de tejer las complejidades de su estilo sobre los primitivos símbolos del panteísmo heleno. Líricamente, cree en los dioses.

Su primer libro, «Neuróticas,» salvó felizmente los escollos de vulgaridad temidos para todo novel autor, y se sostuvo muy bien en un tono de sentimiento y delicadeza. Pero suele llevar su exotismo hasta la manía del derroche en la dedicatoria internacionalista. Y esto es francamente censurable...

VENCIDA

I

Junto al estanque sonoro
está la púdica Diana
como una griega sultana
con cabellera de oro.

Sus formas—rico tesoro
de morbidez parnasiana,—
hunde en la linfa liviana
con recato y con decoro.

Tiembla su carne de rosa
como una flor pudorosa
que besa el aura marina.

Y al verse hermosa en la fuente
deja escapar, inconsciente,
su risotada argentina!...

II

Tras unas rosas la acecha,
lleno de gozo el semblante,
un viejo sátiro amante
que en darle caza aprovecha.

Diana le ha visto en la brecha;
y de furor delirante
salta á la arena quemante
y coge su arco y su flecha.

Apunta al sátiro, y brava,
del pecho en medio le clava
su saeta vengadora...

Pero luego, arrepentida,
al verle rodar sin vida,
se arroja sobre él... y llora!

DE ALBA

Flota un blando perfume. Junto al lecho
mi novia calza su escarpín de seda,
y, como Venus de la espuma leda,
surge sonriente del nidal deshecho.

Sus bronces y sus lakas en acecho
la atisban desde el piano. Ella se enreda
los cabellos dispersos, y se queda
contemplando las formas de su pecho.

Una sonrisa espléndida ilumina
su virgíneo semblante de alabastro
con arreboles de carmín de China.

Y atraviesa el «boudoir,» dejando un rastro

de claridad exótica y divina
cual si pasase entre la sombra un astro!

LA AGONÍA DEL SÁTIRO

Bajo la selva hirsuta donde el jaguar celebra
sus nupcias en la sombra y en donde la culebra
arrastra en la hojarasca, como un convoy, su largo
cuerpo de anillos de oro, pasado ya el letargo,
triste, caduco, enfermo, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña.
El sol, desde lo alto de su cénit, envía
sobre la selva hirsuta su clara chispería
como sangrienta lluvia de venablos de fuego,
mientras el pobre sátiro agoniza en sosiego.
El rumor de la selva, misterioso y salvaje,
en la quietud propicia hiere como un ultraje
al cornúpeto enfermo de senectud que injuria
su pasada altiveza, su vigor y lujuria.

Decrépito, achacoso, la barba desgredada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

Cual otro Job presiente su fin postrero. Sueña
despierto. Y, en su sueño, ve la aurora risueña
en que sintió su sangre hervir como la savia
varonil y robusta de los troncos. La rabia
de su impotencia pone en sus ojos la chispa
fugaz del odio enorme que sus arterias crispa.
Como un fraile posero, se revuelca en el verde
de aquella tierra virgen y sus músculos muerde
en las ansias supremas del postrimer martirio
de una visión que viera misteriosa y solemne,
de una visión divina tan blanca como un lirio
pero, como los lirios, no de la Parca indemne.

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña...

No romperá el silencio de la selva callada
ni la tiorba de Apolo, ni la flauta encantada
del viejo Pan, eterno violador de las ninfas

que hieren con sus senos las cristalinas linfas;
ni el estruendo de cascos del tropel de centauros
que por el bosque virgen va segando los lauros;
ni las flechas de oro de la púdica Diana
que va con su trailla, del bosque soberana;
ni los silfos alados que en un rayo de sol
dibujan su farándula, cual borrachos de alcohol;
ni los sátiros jóvenes que acechan en las ramas
las cabelleras sueltas que ondean como flamas,
los sonrosados flancos, las caderas redondas,
que, como un dulce ensueño, surgen de entre las ondas.

Decrépito, achacoso, la barba desgreñada,
el sátiro agoniza como una llamarada...

Leve visión lejana, ya para siempre ida,
ante los ojos pasa del sátiro la vida
con todas sus miserias y todos sus encantos,
como por sobre risas pasa un turbión de llantos!
Nostálgico, iracundo, sin pan y sin pesebre
se muere el pobre diablo mordido por la fiebre,
mientras en torno bailan de un pingajo yerto
las driadas y las ninfas de aquel bosque desierto,
mientras en torno exhibe su misterio la Gracia
y su real prodigio la luz del sol le advierte...
se muere el pobre diablo cuya ambición no sacia
ni el dolor de la Vida, ni el placer de la Muerte!

Triste, caduco, magro, la blanca barba en greña,
el sátiro se deja morir sobre una peña...



FEDERICO ZUNIGA

Este joven poeta es uno de aquellos en que más pronto se advierte la influencia del viejo león mexicano, sobre un temperamento de fogosidad innata,—imaginación romántica muy capaz de todos los arrebatos y atrevimientos del numen.

Sin embargo, son fáciles de advertir en su breve ciclo poético, el desarrollo de una personalidad y la generoso tendencia á exaltar los sentimientos de humanidad y justicia social.

SALMO

I

¡Cese tu necia timidez! Escucha,
que vengo á hablarte del amor en nombre,
con el vigor del paladín que lucha
con la videncia del viril profeta
á hablarte, cual mortal, pues soy un hombre,
á hablarte, como un Dios, pues soy poeta!

No sé si es fiebre ó es delirio insano,
no sé si es rabia ó es afán creciente,
la tempestad que hace temblar mi mano,
la tempestad que hace temblar mi frente!

No sé lo que es, pero triunfante vibro
cuando pienso en tus ósculos risueños
y soy como las páginas del libro

de los apocalípticos ensueños!

No sé lo que es; pero á mi sién golpea
un aterrant vendaval, que opreso,
hace en la mente reventar la idea,
hace en los ojos estallar el llanto,
hace en los labios estallar el beso
y hace en el beso reventar el canto!

No sé lo que es; pero si audaz me sumo
entre el recuerdo de tu imagen bella,
soy encina, pináculo, soy humo,
soy águila, catástrofe, soy bruma
y ráfaga y relámpago y estrella
y piélagos y vorágine y espuma!

II

¡Ah! ¡quién me diese conquistar de nuevo
tu pasión, tu pasión mágica y santa,
para volcar lo que en la mente llevo,
para romper lo que á mi sér espanta!

¡Ah si volvieras!... De placer borracho
diría al sueño: sed canción y canta,
diría al beso: sed caricia y rima,
diría al alma: sed titán y anhela,
diría al ansia: sed estrella y cima,
diría al ritmo: sed alondra y vuela!

¡Cuántos recuerdos! Aunque enormes vallas,
hoy nos separan yo soy siempre el mismo
que de pie en las luzbélicas batallas
al caótico borde del abismo,
deja la biblia del amor escrita,
deja la historia de su recio empuje:
da martillazos de volcán y grita,
da martillazos de volcán y ruga!

Y brego solo; pero no acobardo
aunque mi senda el infortunio alfombra:
yo soy el hombre que doblega al bardo,
yo soy el bardo que doblega al hombre!

III

¡Ah! cuando el sueño en mi cerebro tiende
su manto gris con embriagante calma,
y como tabernáculo se enciende
hasta el rincón más lóbrego del alma,
te veo que te acercas y me miras
te veo que me miras y te quejas,
te veo que te quejas y suspiras
te veo que suspiras y te alejas...

Y después, y después, trémulo, triste,
cuando el Apolo de la luz asoma
tras los montes y rojo se levanta,
cuando ya es todo vibración y aroma
y todo ríe, palmotea y canta,
te busco tembloroso y tú no vienes,
te busco suspirante y tú te escondes
te busco de mi fiebre entre los rastros:
cantas en la canción de los edenes,
lloras entre los pliegues de las sombras,
ríes entre los rayos de los astros!

Y que bella te encuentre en esas horas
en que olvidando trágicos agravios,
tengo en la mente floración de auroras,
tengo en el alma yemas de embelesos
y siento en los perfiles de mis labios
una estival resurrección de besos!

¡Como en mis sueños de delirios llenos
yo beso entre huracánicos antojos,
las crisomelas de tus blancos senos
y las borrajas de tus grandes ojos!

¡Cómo vislumbro bajo tenues velos
tus mejillas, dos rosas enfermizas,
y en ellas los románticos hoyuelos,
cual breves remolinos de sonrisas!
Y de tu voz los ritmos argentinos
son al vibrar con líricos encantos

chorros de perlas que recitan trinos,
chorros de trinos que recitan cantos!

IV

¡Oh deja el claustro criminal. Refleja
en mí tu rayo olímpico de diosa:
busca en las flores el panal: se abeja!
busca en los campos el jardín: se rosa!

¡Oh mi adorada que de pie en el plaustro
del fanatismo sufres mal profundo,
deja el oleaje oracional del claustro,
busca el delirio de huracán del mundo!

¡No tengas miedo de sufrir! Empina
la sién en médio de la lid aciaga:
¿eres alondra? Por lo mismo: trina;
¿eres violeta? Por lo mismo: embriaga!

No tiembles, no, porque febril tú veas
que la canalla pedantesca y torpe
me disputa los triunfos palmo á palmo:
¡Siempre á los pies de las astrales teas
canta la densa obscuridad un salmo!

No tiembles, no, si el músculo se crispa
hoy que soberbias cumbres de granito
y túneles de cráteres barreno:
es porque tenga más vigor el grito,
es porque tenga más retumbo el trueno!

¿Qué tú no puedes combatir? No importa
ven hacia mí porque el deber me empuja
donde más vívido el combate vibre,
donde más recia la tormenta ruja!
Ven exprimiendo de la fe las mieles,
para la conjunción de nuestras almas
y por dosel yo te pondré laureles
y por alfombra te pondré mis palmas!

El amor es la ráfaga inclemente
que abofetea y delirante zumba:

es el robusto y formidable puente
que une la cuna con la misma tumba!

Ven: difundiendo el fuego en que te animas
la fe que resucita á los rehacios:
y que es un dedo que señala cimas
y que es pupila que señala espacios!

Ven: ¡necesito tu pasión! La quiero...
Ella basta á mi espíritu errabundo
para emprender su gigantesco vuelo
y yo sentir sobre la frente un cielo
y yo sentir bajo la planta un mundo.
Estemos juntos; pues contigo entonces
yo seré el fuego, tú serás el frío,
yo seré el hecho, tú serás la historia,
yo seré el monte y tú serás el río,
yo seré el triunfo y tú serás la gloria!

EN LA RIBERA

Emergías del mar cual de un proceso
hecho por un esteta cristalino,
y su juicio en tu cuerpo venusino
vibró sintetizándose en un beso.

Yo de pie en la ribera, bajo el peso
de los celos, bebía como un vino
un éxtasis maligno... Mi destino
reía como un sátiro travieso!

Y cuando en la ribera toda llena
de un maternal aroma te tendiste
sobre las calideces de la arena,

yo vibré entre cóleras y antojos
y tendido á tu lado estuve triste
bajo la somnolencia de tus ojos!

DE AQUELLOS SILENCIOS

En una onda de liliál dulzura
te envolvía el jardín... Y suavemente
un aire melancólico y doliente
giraba en derredor de tu cintura.

Y era como un pecado de la altura
aquel aire... Besábate en la frente
y venía hacia mí como un demente
que ha saboreado mi sorbo de locura.

Y luego en el ambiente diluía,
como el sutil aroma de una rosa,
toda la santidad de una agonía...

Y ahora aquí, maldito y maldecido,
siempre canta en mi ruta dolorosa
y aunque no quiera oírlo está en mi oído!



J. Lagos Lisboa

GERONIMO LAGOS LISBOA

«Soy de los que creen que la belleza y la sinceridad—Supremo Arte,—cabén en todas las escuelas. Estas por regla general son el reflejo de la época ó *civilización* ambientes, y hay belleza en todos los ambientes, siempre que se los mire á través de un temperamento artístico. Con buenos cultores son buenas todas las escuelas. Cierito es que el intelecto latino-americano ha florecido bajo la sola influencia del romanticismo. El alma de América, ajena á discutibles refinamientos, apasionada y agreste, estaba modelada para vibrar con los arranques del corazón. A mi juicio, ninguna escuela ha tenido cultores que hayan sabido penetrar tan hondo al corazón humano, arrancarle sus íntimas sutilezas y cantar en forma tan emocionante al sentimentalismo amable de la Vida. Es la Escuela del corazón. Sus inefables ternuras peculiares, seguirán, todavía por mucho tiempo, haciendo traición con sus latidos á las filigranas de los orfebres modernos.»

NÉBULA Y FLOR

¿Prodigio? ¿Sueño? Su mismo acento,
sus mismos bucles jugando al viento;
de sus mejillas la misma flor;
el vaivén mismo de su cintura;
dentro del alma su igual ternura
con su inconsciente, sacro candor.

¿Esto es posible? Tres años antes
la ví yo muerta... y en incesantes

versos amargos canté mi cruz!
Tres años antes cogí azucenas,
vacíe en sus cálices todas mis penas,
las eché adentro de su ataúd!

¿Y aquí de nuevo su albo destello?
¡Porque en la tierra faltaba un bello
sol de otros días, Dios lo hizo así!
Vistió á su hermana con sus primores,
la dió sus goces y sus temores
¡y es ella misma la que está aquí!

Celi, sonriendo, me dice incierta
que tiene celos de aquella muerta
que no he olvidado porque adoré!...
me ponen triste tales agravios
y, como quiero besar sus labios,
clama celosa: ¿Pues para qué?...

Con mis ternuras la he convencido
que es golondrina que ha vuelto al nido,
que á ella en su hermana la aprendí á amar,
que ella y su hermana son una misma,
que nuestro idilio tras ese prisma
mire y podremos juntos volar.

Luego á mi mano la suya junta
me lleva al cuarto de la difunta:
¡todo lo mismo que ella dejó!
Mis flores secas, sus trenzas blondas;
de sus vestidos entre las ondas
las cartas mías que más amó.

Celi su imagen toma del muro:
quizás, me dice, si eres perjuro...
y húmeda en lágrimas suena en voz:
Miro el retrato y á Celi admiro...
¿Cuál es la que amo? Pienso... suspiro...
y uno en abrazo loco á las dos!

Oprimo ardiente la vida intensa
de aquella muerta diáfana, inmensa,

que alienta en Celi, que vive en mí!
Música de alas roza su alcoba...
Su antiguo aroma mis dudas roba...
¡Sé, le respondo, que estáis aquí!

Y de tristezas con nuestro empoño
nos vamos juntos al oratorio
y arrodillados juntos los dos
por la adorada muerta rezamos;
sinceramente juntos lloramos
y en los altares se alegra Dios!

La luz penetra por las ojivas
en ondas suaves que pensativas
llenan de sueños la nave azul.
Miro á «María,» la miro á ella:
más que á la virgen la encuentro bella
todo llorosa bajo su tul.

Y vuelo entonces con mis quimeras
por las remotas altas praderas,
y arranco soles para nimbar
como en la virgen sus sienas puras...
¡Le hablo en secreto de estas locuras
y ella me dice que eso es pecar!

Porque tan bella la ví sería...
porque su acento me encendería...
¡de Dios delante la besé allí...!
La tornó pálida mi sacrilegio
y oró ante el Cristo modesto y regio
pidiendo dulce perdón por mí!

Después... al piano que en sus salones
cristalizara las ilusiones
de Wagner raro, sutil Mogard.
¡Los mismos trinos y el mismo piano,
la misma muerta que en cada mano
de Celi, amante vuelve á llorar!

De ahí, la noche. Sueñan las flores.
Juntos paseamos los corredores

largos, solemnes, tibios, sin luz.
Le digo á Celi que es esta casa
como un cariño que nos abraza...
que de misterios tiene un capuz!

Sueñan las flores. Palpita el campo.
La casa vela: su ojo es el lampo
de las linternas de la pared.
Silencio agosto, nostalgia incierta,
y, sobre todo, como una muerta
que aquí estuviera viva otra vez!

Platea un foco verde glorieta
donde sus ruínas buscó un poeta,
donde una bella de amor tembló;
vestigio amable del coloniaje,
donde una novia que tuvo un paje
trágica noche se envenenó!

Susurra el campo. Ladran los perros.
Luces lejanas allá en los cerros,
viejos perfumes en la heredad;
y acá en el alma, como un oído
que mis delirios ha sorprendido,
pone sordinas á mi ansiedad.

Celi suspira. Beso su mano.
Comprendo—dice,—todo lo arcano
que aquesta noche sabe tener.
Y hablando quedo, nuestros amores
van perfumando los corredores
que tantos pechos han visto arder.

¡Y así las tardes y así las noches
de cosas vagas con sus derroches!
¡Y así las albas como ellas son!
A despertarla fui esta mañana
y al asomarme por su ventana
ya estaba frente del tocador!

Por la batista desabrochada
sorprendí apenas la inmaculada

santa hermosura que esconde allí...!
(Como en la muerta lo presumía:
las combas róseas, luz y armonía,
¡globos que al cielo sueñan subir!)

¿No veis?... Seguidos de mis lebreles
vamos cantando por los vergeles
llenos de lirios, plenos de sol!
De algún ramaje rueda algún nido;
juegan las ráfagas con su vestido,
con sus mejillas juega el rubor!

Junto á aquel rancho, sobre aquel puente
maravillada la humilde gente
como otras veces dirá al pasar
que es nuestro afecto nivea campana
que en este valle cada mañana
hace á una muerta resucitar!

Loca alegría nos atolondra.
Va con mis versos su voz de alondra
dichas dejando por la extensión.
Y hasta mi duda ya no averigua
si ésta es la misma, mi novia antigua,
ó si amo en ésta la que murió!



Luis F. Coutard

LUIS F. CONTARDO

AL ÁGUILA

I

¡De cerca humanos ojos nunca te vieron!
Amas las cimas negras de los volcanes,
y habitas los barrancos que sacudieron
con sus hombros de fuego los huracanes.

Cuando, barriendo nieblas en las fragosas
sierras, el sol que triunfa las crestas baña,
de la cumbre en el agrio peñón te posas
como salvaje reina de la montaña!

Y, al encrespar tus plumas el viento frío,
paseas la serena mirada altiva,
entre el mundo que abajo duerme sombrío
y el incendio de auroras que estalla arriba.

¡Oh cómo te destacas soberbia, cuando
al recuerdo de triunfos y de grandezas,
el gris y calcinado cuello esponjando,
nostálgica de alturas, te desperezas;

y tras la roja nube—bajel que oscila
y por el mar del éter, veloz resbala,—
en el Oriente hundiendo la audaz pupila,
al espacio te lanzas, tendida el ala!

Al espacio te lanzas donde te meces,
soberana altanera de esas regiones;
al espacio infinito, donde cien veces
empujaron tu vuelo los aquilones,

mientras—batiendo el ala, triunfal, tranquila,
allá de la encendida nube en el seno,—
fulguraba el relámpago en tu pupila
y vibraba en tu grito la voz del trueno!

¡Ah! ¡cuántas veces, cuántas, te detuviste,
por ver tras los jirones del iracundo
vendaval, á lo lejos, callado y triste,
como un peñasco negro, rodar el mundo!

Cuando el azul imperio rauda atraviesas,
de este polvo tan lejos, en que me arrastro,
¿vas, huyendo del mundo las impurezas,
á hollar la immaculada frente de un astro?

Y mientras la pupila te sigue errante,
y, al ver que en el vacío te hundes, se asombra,
¿acaso tu divisas flotar radiante
sobre abismos de estrellas, de Dios la sombra?

II

Al verter el Poniente sangre en el monte,
desplegadas al viento las pardas plumas,
como un astro sombrío del horizonte
perdida te levantas entre las brumas.

¡Vienes desde muy lejos... desde muy lejos!
—A la desierta playa las ondas locas
los restos arrojaron de barcos viejos
que estrelló el oceano contra las rocas.

En el peñón del náufrago la sién sangrienta
se enfría, del crepúsculo á los desmayos,
mientras con chal de nubes va la tormenta
por la mar sacudiendo su crin de rayos.

—Cuando el cenit llovía lampos de fuego
sobre el desierto inmenso, paróse el bando
de los viajeros mustios... y enorme luego
el huracán de arenas pasó bramando..

Y tras silencio largo vierte sus calmas
el crepúsculo de oro que mudo flota
sobre un hombre que yace junto á unas palmas
—náufrago del desierto,—la entraña rota..

—Rasgados estandartes de la pelea
entre nubes de polvo se van triunfantes,
y en los llanos que el humo negro aun sombrea,
hay miembros destrozados y palpitantes.

Y de un feudal castillo junto á la vieja
muralla, de las breñas por los abrojos
el ganado en revuelto tropel se aleja
de los tibios jirones de unos despojos...—

¡Te hartaste, y ya vuelves bravía y torva!
Y, llena la pupila de lumbre extraña
y goteando sangre la garra corva
vas á hundirte en la sombra de tu montaña..

III

Empapada del éter en los efluvios,
no hay cimas del espacio que no domines;
y las grises riberas, los campos rubios,
rojean con los restos de tus festines...

¡Acaso, revolviéndose, ahumbre y ruja
bajo tu frente un cráter, que de igual modo
que al hombre á los abismos del sol te empuja,
mientras, gusano altivo, te atrae el lodo!..
Italia, 1901.

GRANDEZAS

¡Un cadáver de piedra!.. ¿Es esto aquella
Roma triunfal, encarnación de Marte,

que, recorriendo el orbe, en cada parte
sembró un laurel al estampar su huella?

Y Grecia, y Grecia: dónde está?... la estrella
de oro colgada en el cenit del Arte?
Sión, santa ciudad, pudo arrastrarte
la tempestad del tiempo? Envuelto en ella

todo cae—de un polo al otro polo,—
como en la cima inaccesible el cedro
rueda al abismo con el rayo. Y sólo

firmes pasar la tempestad han visto,
entre las ondas, el bajel de Pedro;
sobre la cumbre de los siglos, Cristo!

VESPERTINA

A la memoria de una hermana

¡Tal fué la tarde inolvidable aquella!
Tarde en que, del mundo en el santuario,
cada lirio silvestre es incensario
y lámpara de oro cada estrella.

Con rumores de mística querella
rodaba sobre el valle solitario
la oración del musgoso campanario
que entre los techos del lugar descuella.

Murió esa voz. De la montaña bruna
bajó una garza, con callado vuelo,
al dormido juncal de la laguna.

Todo fué paz... Y en la infinita calma
del crepúsculo azul, volóse al cielo,
como el perfume de una flor, su alma!

A UNA PALOMA

¡Toda blanca eres tú; toda inocente!
Del tibio nido en la íntima ternura

eres del casto «amor» imagen pura
con la luz del pudor sobre la frente.

Cuando en la margen de azulada fuente
que, soñadora entre el zanzal murmura;
ó, replegada el ala, en la espesura
del sombrío pinar, tu voz doliente

al aire das, parecenme tus quejas
notas del himno que en su eterno anhelo
entona la «esperanza...» Y si te alejas

del bosque y te alzas con tranquilo vuelo
por la callada inmensidad, semejas
candorosa «oración» que sube al cielo.